



"Los dos grandes están en un período de cambio, y eso es también un factor de incertidumbre". (Unidades anfibia de la OTAN desembarcan en la bahía de Seros, Turquía.)

Entrevista con Pierre Hassner (*)

"ESTAMOS EN UNA FASE DE PAZ CALIENTE..."

FRANÇOIS SCHLOSSER

El contexto internacional, marcado por la crisis del petróleo, la carrera armamentista entre bloques, las dificultades económicas y financieras de Occidente, la evolución imprevisible de la revolución iraní, ¿le parece justificar el temor a una guerra mundial?

PIERRE HASSNER.—Hasta ahora, yo tenía más bien tendencia, instintivamente, a pensar lo contrario. Hoy estoy algo menos seguro. Tengo la impresión de que, por todas partes, hay factores nuevos que no permiten excluir la hipótesis de un conflicto. No pienso en una guerra mundial que destruiría a la Humanidad. Pero hay signos que avalan nuestra inquietud.

—Desde hace treinta años se ha evitado la "guerra mundial". ¿De qué signos se trata?

P. H.—Desde el segundo conflicto mundial, ha habido muchas guerras en el mundo, pero no una guerra mundial. ¿Por qué? Veo tres razones:

"Primera: Las armas nucleares han creado zonas protegidas. Sin llegar a las visiones simplistas según las cuales las zonas del mundo donde hay armas nucleares están definitivamente protegidas, mientras que las otras se hallan expuestas a los conflictos. Hay que examinar los hechos: ha habido una guerra de las dos Coreas, una guerra de los dos Vietnam, pero no de las dos Alemaniás. Y esto es porque tal guerra habría provocado una destrucción total de Europa y un conflicto nuclear general.

"Segunda: La primacía de la economía: entre países altamente desarrollados, las guerras de conquis-

ta para la adquisición de territorios, muy destructoras con las armas modernas, han perdido todo su sentido, sobre todo para aquellos países que dedican lo esencial de sus esfuerzos al desarrollo de la productividad, del nivel de vida, etcétera, etcétera.

"Tercera: Las actitudes mentales y culturales, que convierten en absurda la idea de que Francia y Alemania, por ejemplo, pudiesen luchar por Alsacia-Lorena. Hay, en algunas regiones del mundo, en Europa y Norteamérica en particular, una especie de cambio histórico con relación a las actitudes guerreras de antaño. Por ejemplo —aunque existen otras razones para explicar el fenómeno—, hay que observar que Hungría, y sobre todo Checoslovaquia, no han opuesto apenas resistencia a la invasión so-

viética de mil novecientos cincuenta y seis y mil novecientos sesenta y ocho. Es como si en las zonas urbanizadas, industrializadas, y diríamos "aburguesadas" del mundo, hubiese una especie de resistencia frente a la idea de entrar en guerra, lo que traduce un cambio de los valores de naturaleza cultural. Incluso las relaciones directas Este-Oeste en el plano nuclear parecen inscribirse en una especie de paz, en la que se disputa sobre los SALT II o sobre los SS-20, sin que nadie espere realmente una guerra.

"Ello convierte en tanto más angustiosos los acontecimientos bélicos que se producen en todo el Tercer Mundo, e incluso entre las potencias comunistas. Fenómenos ta-

(*) Del Centro de Estudios e Investigaciones Internacionales de la Fundación Nacional Francesa de Ciencias Políticas.



PAZ CALIENTE

les como la irrupción de la religión — en el Irán, por ejemplo, pero también en otros países — modifican la percepción que se tiene de las relaciones internacionales. Hay tabúes que desaparecen, formas de razonamiento que no corresponden a las de las regiones industriales y desarrolladas, y crean una nueva incertidumbre sobre el desencadenamiento posible de la guerra.

“La guerra entre las potencias comunistas — China, Vietnam, el pasado marzo — no ha hecho más que aumentar toda esta confusión. No se sabía cuáles eran las reglas del juego de ese nuevo tipo de conflictos, ni en qué punto iban a detenerse. Entre Estados Unidos y la URSS, incluso cuando combaten por aliados interpuestos, siempre hay tabúes que se respetan: no se atacan directamente, no se utilizan armas nucleares, etcétera. Finalmente, los chinos no han ido muy lejos, y los soviéticos no han intervenido. Parece, pues, que también en este caso hubo una voluntad de moderación y el deseo de no superar ciertos umbrales, pero la incertidumbre en torno a las reglas del juego sigue siendo grande.

— ¿Hay otros signos de perturbación que le hacen temer una fase de mayor peligro en las relaciones internacionales?

P. H.— Está, en primer lugar, la incertidumbre sobre la reacción de los dos grandes — aunque estén ligados por acuerdos extremadamente complejos, como los SALT — ante un mundo que está en cierta medida “jameinizado”, en el que algunos dirigentes “rompen las reglas del juego”. Ninguno de los dos grandes puede saber cuál será la reacción del contrario en semejante

situación. A pesar de una cierta anarquía, las relaciones internacionales habían alcanzado una velocidad de crucero gracias a la cual el “pequeño” era consciente de que valía más hacer determinadas cosas a la sombra de un “grande”: es el secreto de una cierta “finlandización”, y ello explica también la evidente contención de que han dado muestras los nuevos dirigentes de Nicaragua. Pero cuando de pronto un dirigente renuncia a una serie de convenciones no escritas y se enfrenta directamente a una superpotencia, ¿cuál puede ser la reacción

de ésta? ¿Y en qué medida vendrá inspirada su respuesta por el temor de que la otra superpotencia explote el asunto en provecho propio? Así se llega a un mundo del “golpe por golpe”, en el que hay que reinventar incesantemente la convivencia.

— Sin embargo, ¿se han acostumbrado los dos grandes a un condominio que les permitiría evitar los choques, incluso en situaciones tan imprevistas como la del Irán, por ejemplo?

P. H.— Los dos grandes están en una fase de cambio, y ese es tam-

bién un factor de incertidumbre y de mayor riesgo. América está atravesando momentos de desasosiego. Acaba prácticamente de salir del período pos-Vietnam y pos-Watergate, y la opinión pública presiona sobre el Gobierno para que Norteamérica “no se deje pisotear”. Entramos en un período en el que no se sabe con certeza si América va a evolucionar hacia un neoisolationismo, hacia un intervencionismo o hacia una mezcla de los dos. Después del asunto de Teherán — suponiendo que en este caso logre evitarse el enfrentamiento arma-

La factura del petróleo

Si los datos para España pueden servir de indicador de lo que Occidente va a pagar por el petróleo, resulta que, para el año próximo, tras las subidas decididas en Caracas, habrá una nueva situación de ralentí en el crecimiento económico y un nuevo motivo de aceleración de la inflación y el desempleo. Estas cifras, para España, son de 12.000 millones de dólares por la factura del crudo (6.500 en 1979 y 5.500 en 1978), lo que representa una tercera parte del presupuesto nacional y

el doble de los ingresos por turismo. No es quizá exactamente el caso de los países de Europa que hayan logrado llegar más lejos en la adopción de las fuentes alternativas de energía, pero tampoco andarán muy lejos en ello.

En fin, que, hablando “grosso modo”, y que a falta de cifras más concretas tendremos que más o menos un 20 por 100 de los recursos totales del mundo industrializado van a trasvasarse a los países de la OPEP, aunque no hay que olvidar que un buen pellicco de esta fabulosa cantidad de dinero se le quedarán entre las uñas a las compañías intermediarias.

Esta enorme sangría es vista apenas sin remordimientos por los países de la OPEP que opinan, con mucho juicio, que si los países ricos pueden pagar en el mercado spot de Rotterdam hasta 40-42 dólares el barril, muy bien pueden pagar, desde enero, entre 25 y 35 dólares al precio oficial. Otro es el caso de los países del

Tercer Mundo que están procediendo a su despegue industrial y que se encontrarán con el aumento del crudo por un lado y el de los productos manufacturados por otro, ya que nadie duda que la respuesta de los industrializados irá por ese camino: aumentar precios para lograr un alivio en el gigantesco déficit de sus balanzas comerciales.

Quizá por esto, los países exportadores han decidido, en la reunión de Caracas, tomar más en serio el problema de los subdesarrollados, mediante la creación de un Banco dedicado a tal fin. La propuesta inicial es que esta entidad financiera comience con un capital de 20 a 24 mil millones de dólares y que se vaya incrementando con una especie de tasas de cinco centavos por barril. Daría préstamos únicamente para el capítulo de desarrollo en países que carezcan de medio para ello y los reembolsos serían con pequeños intereses y a muy largo plazo.

do—, es lógico pensar que los Estados Unidos hagan una demostración de fuerza o una reafirmación de virilidad en la primera ocasión.

Por su parte, la URSS incrementa sin cesar su poderío militar. ¿Quién seguirá a Brejnev? La gerontocracia, con los actuales líderes en el poder, puede durar como máximo una decena de años. Pero es posible que haya una nueva generación de dirigentes más jóvenes y más duros. Las opiniones de los soviétólogos están divididas. Hay quienes piensan que sobrevivirá la política de Brejnev, basada en una voluntad de paz y de "détente", pero también de poderío y de expansión apoyado en una posición de fuerza militar muy marcado. Otros piensan, por el contrario, que entre los "sucesores" de cincuenta y tantos años hay una polarización entre quienes son ante todo "managers", gestores preocupados de tener en cuenta la interdependencia económica creciente con el mundo capitalista, y por otra los duros, neostalinistas, neoeslavos y neonacionalistas, más volcados a la aventura militar para compensar los fracasos internos. Ahora bien, en la coyuntura mundial tal y como se presenta, se multiplican las ocasiones de conflicto.

—¿En qué conflictos está pensando?

P. H.—Hace unos años se podían aún señalar, sobre el mapa-mundi, las "regiones extremas" como Europa y África, donde el riesgo de enfrentamiento de los supergrandes parece muy débil o nulo, y las "regiones ambiguas", como el Sudeste asiático y el Próximo Oriente, donde este riesgo existía. La paz en Europa estaba asegurada

por la amenaza nuclear. En África, los supergrandes, después de haberse "mojado" los dedos en el Congo, pasaron a un tercer o cuarto plano. Las guerras y los genocidios africanos dejaron de preocupar al mundo porque ya no implicaban, momentáneamente, el riesgo de un enfrentamiento entre los supergrandes. Este riesgo existía por el contrario en las zonas ambiguas del Oriente Medio y del Sudeste asiático, donde jamás se excluía la escalada, aun cuando en un momento u otro las dos superpotencias se pudiesen de acuerdo para restablecer ciertas reglas del juego. Pero los riesgos nunca se eliminaban del mundo.

Ahora bien, me parece que hoy la situación en todo el mundo se parece cada vez más a la de esas zonas ambiguas. Esto es particularmente cierto por lo que se refiere a África, donde los soviéticos utilizan profusamente su nueva capacidad militar de acción a distancia. Así se multiplican las ocasiones de intervención en el Tercer Mundo, con mayores riesgos de escalada.

—Según usted, ¿puede entrañar esta nueva configuración internacional un replanteamiento de la "détente"?

P. H.—Creo que estamos en una fase que, sin parecerse a la vieja guerra fría, tampoco es en absoluto la de la "détente": yo la calificaré de "paz caliente". La "détente" sigue siendo el principio de base, pero hay un número mayor de conflictos exteriores que pueden, más fácilmente que en la época de la guerra fría, degenerar y aproximarnos a la guerra caliente. (Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO, 1979.

Con todo, apenas parece lograrse pequeños avances en la más justa redistribución de los recursos mundiales. La última conferencia de la FAO vino a demostrar que el abismo entre pobres y ricos está aún muy lejos de cerrarse, aunque, desde luego, se comienzan a vislumbrar síntomas de estarse deteniendo el proceso de alejamiento. Si bien es cierto que, como decía un importante especialista hace algunos meses, esto es más bien consecuencia de la falta de crecimiento económico en los países ricos que de la aceleración del mismo en los pobres. Estos últimos, atados por su explosión demográfica y por lo que la crisis erosiona en ellos, apenas logran salir del estado de subsistencia. Un reciente informe del Banco Mundial manifestaba que en la década de los ochenta la renta per cápita de los países industrializados crecerá a una media del 2,7 por 100 anual, mientras que la de los países pobres lo ha-

rás al 2,8 por 100. Como se ve, una corta diferencia, que además puede quedar casi anulada si tenemos en cuenta que el segundo porcentaje está sacado promediando a todos los países del llamado Tercer Mundo, incluidos la mayor parte de los exportadores de petróleo, cuyo crecimiento de renta es impresionantemente mayor.

Así, pues, si pudiera sacarse una consecuencia de esta reciente reunión de Caracas, más allá de lo puramente anecdótico de la falta de acuerdo entre "moderados" y "halcones", sería la de la resignación de los países importadores, que se han limitado a hacer sus números para tratar de encajar la subida. En otro sentido, la puesta de relieve de los problemas que plantea al mundo subdesarrollado cada nuevo aumento, que si en el mundo rico se computa por recortes del nivel de vida, en aquellos hay que medirlo por millones de seres humanos muertos por inanición. ■ R. C.

1980 Hacia una nueva década

LOS INFELICES SETENTA

Del mayo francés a la nueva rebelión de los estudiantes.

LA MUJER, LOS MARGINADOS, EL SEXO, EL TERCER MUNDO, LA CIENCIA, LA COMUNICACION, EL DESENCANTO, LA CRISIS...

Páginas especiales de Juan Cueto, Santiago Dexeus, Eduardo Haro Tecglen, Felipe Mellizo, Teresa Pamies y Carlos Rama.

EN EL PROXIMO NUMERO DE
triumfo